



Flavia Costa. *Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida.*

Buenos Aires: Taurus, 2021.

NICOLÁS FLORES CAMPOS

Universidad Diego Portales, Santiago, Chile
nicolas.flores2@mail.udp.cl

En *Tecnoceno*, Flavia Costa se propone abordar algunas de las preguntas centrales que plantea el acelerado proceso de tecnificación y mediatización que enfrentan las sociedades contemporáneas. El libro consta de una introducción, tres capítulos y un epílogo, centrándose cada capítulo en uno de los elementos del subtítulo: algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida.

Según aclara la autora en la introducción, el concepto de “tecnoceno” —que no es un neologismo de elaboración propia, sino de otros autores— refiere a “la época en la que, mediante la puesta en marcha de tecnologías de alta complejidad y altísimo riesgo, dejamos huellas en el mundo que exponen no solo a las poblaciones de hoy, sino a las poblaciones futuras, de nuestra especie y de otras especies, en los próximos milenios” (9), tales como las que se derivan del uso y mal uso de la energía nuclear. En este sentido, se trata de una variante del término antropoceno, reconocido oficialmente en la lengua castellana y más abarcador que el anterior, propuesto por el químico Paul Crutzen para señalar que la influencia del comportamiento

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

En APA: Flores Campos, N. (2023). *Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida* de Flavia Costa. *Resonancias. Revista de Filosofía*, (15), 125-128. DOI 10.5354/0719-790X.2023.70644

En MLA: Flores Campos, N. “Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida de Flavia Costa”. *Resonancias. Revista De Filosofía*, n.º 15, julio de 2023, pp. 125-128, DOI 10.5354/0719-790X.2023.70644

humano sobre la Tierra en las últimas décadas ha implicado “transformaciones en el nivel geológico que han traspasado ya el umbral de irreversibilidad” (10). La propuesta enfatiza, entonces, el aspecto técnico de esta afectación y, en este sentido, es más complementaria que excluyente con otros enfoques que al hablar de “capitaloceno”, ponen el acento más bien en las relaciones sociales y económicas.

Dicho proceso de transformación, sostiene la autora, habría enfrentado una nueva aceleración como consecuencia de la pandemia de Covid-19. Esta última sería un evento más en la serie de lo que el sociólogo norteamericano Charles Perrow denominó “accidente normal”, esto es, “un acontecimiento disruptivo, de gran envergadura, al mismo tiempo previsible e inevitable, que es propio de los sistemas que involucran tecnologías de alto riesgo” (13). La normalidad de estos accidentes no radica en que sean frecuentes, sino en que son inherentes a los sistemas complejos, en que existen procesos que escalan rápidamente una vez desatados y en que interactúan partes del sistema de manera imprevisible. Así, la pandemia (de la cual no podría decirse que fue totalmente imprevista) es el resultado de diversos factores, entre los cuales se cuentan el explosivo crecimiento de la población mundial, especialmente la urbana; la astronómica desigualdad de recursos y la invasión antrópica de ambientes vírgenes, favoreciendo la zoonosis de nuevos virus.

Una de las consecuencias más notorias de la pandemia fue el “shock de digitalización”, es decir, la necesidad en la que quedamos los ciudadanos de recurrir a las tecnologías de la información para desarrollar labores de la vida diaria, tales como asistir a la escuela o a una consulta médica o, incluso, para poder salir a la vía pública. A juicio de la profesora Costa, el escenario pospandemia que debiera abrirse es uno en el cual sea posible imaginar “alternativas estructurales de desarrollo con soberanía tecnológica, cuidado medioambiental y protección de los bienes comunes, y con capacidad informada para decidir cuándo sí y cuándo no abrazar la digitalización” (21).

En la tarea de abrir otros escenarios, el libro le asigna un rol preponderante a la creación artística, la que entiende no como un elemento accesorio o como mero ámbito de representación determinado por la economía o la política, sino como un campo a su vez determinante de la convivencia humana, capaz de interrogar el presente y de pensar futuros alternativos, interés que se ve reflejado especialmente en el capítulo segundo.

El capítulo primero, dedicado a los algoritmos, se inicia con un rápido bosquejo del espectacular volumen de datos que se intercambian en la web, lo que plantea la pregunta por aquello que sería novedoso de esta situación. En lo que quizás sea la tesis central del libro, responde la autora, parafraseando a Houellebecq: “Lo que está en juego en este nuevo orden de base informacional es, precisamente, una poderosa ampliación del campo de batalla biopolítico” (33),

ampliación que se extendería desde el nivel microscópico, con los avances de la biometría y la genética, hasta el nivel macrosocial. En este último ámbito, la masificación de internet —cuyo origen militar oportunamente nos recuerda Costa— ha puesto en manos de privados y de agencias estatales una cantidad inaudita de información. A modo de ejemplo: con los miles de millones de usuarios de Facebook, la marca de Zuckerberg tiene a su disposición “muchísima más información sobre cada persona, y mucho más completa y detallada, que la que cualquier censo o estadística de un Estado nación pudo obtener jamás, en línea, en tiempo real y con la posibilidad de reconducir de forma directa a los individuos concretos” (59).

Lo que estaríamos experimentando, entonces, sería una profundización del paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, diagnosticado por Deleuze, pero ya entrevisto por Foucault, esto es, el agotamiento y retraimiento del Estado de bienestar, el relajamiento del control efectivo del Estado en amplias zonas de la convivencia social en favor de un control, precisamente, “virtual”, tanto en el sentido tradicional como informático de la palabra.

En el capítulo dos, enfocado en los “biohackers”, Costa se detiene en diferentes trabajos artísticos que problematizan algunos importantes supuestos de las sociedades de información. Así, leemos sobre la obra de la artista Heather Dewey-Hagborg, quien desarrolló de forma independiente técnicas de reconstrucción de rostros basadas en muestras de ADN recogidas del espacio público, o sobre el colectivo Dazzle Club, que ha desarrollado técnicas de maquillaje que buscan burlar las tecnologías de reconocimiento facial implementadas en los circuitos de video vigilancia del espacio público, entre otras. Estas obras ponen en tela de juicio la autoridad del dato, su supuesta objetividad, develándolo como construcción con múltiples condiciones de posibilidad y sesgos sociales, así como también constituyen intentos de resistencia a sociedades con crecientes capacidades de vigilancia.

Sobre las nuevas formas de vida trata el capítulo tres, en el que Costa, derivando un concepto de Scott Lash, desarrolla la idea de “vidas infotecnológicas” para referirse a nuevas formas de vida, tanto en el plano del “comprender y significar” como en el ontológico. En relación al primero, y siguiendo con la matriz de análisis biopolítica, Costa remite estas transformaciones a la gubernamentalidad neoliberal; es decir, a la hegemonía de la perspectiva según la cual la sociedad sería un agregado de individuos poseedores de un capital humano que deben acrecentar y portadores de una racionalidad maximizadora de la utilidad. En el plano ontológico, estaríamos asistiendo a la superposición de una forma de vida tecnológica a las formas de vida biológicas que conocemos.

Un paso adicional en este proceso sería el mandato a la optimización, que tiene al transhumanismo como expresión más acabada. Bajo el mandato a la

optimización, ya no se trata de mejorar la enfermedad, sino de maximizar el rendimiento del ser humano y superar sus límites biológicos, que es lo que estaría en juego en fenómenos como la reproducción asistida, las terapias hormonales o los psicofármacos. Respecto del transhumanismo, consiste en la promesa, muchas veces de tintes mesiánicos, de dar el siguiente paso evolutivo en el ser humano a través de la tecnología.

El libro finaliza con un epílogo titulado “el malestar en la cultura digital” —cuya relación con el ensayo escrito por Freud en 1930 queda por dilucidar— en el que Costa identifica cuatro grandes desafíos para la nueva era digital: primero, la vigilancia a través del big data; segundo, el cumplimiento efectivo de las reglas por parte de los gigantes de internet; tercero, la crisis ecológica; y cuarto, la así llamada “Singularidad” (es decir: la creación de una inteligencia artificial general superior a la inteligencia de la humanidad) . Respecto de los dos primeros, Costa apunta a cuestiones como la alfabetización digital, el uso de software de código abierto y la desconcentración de la infraestructura de internet. Respecto de los dos últimos, a grandes rasgos, recuerda que estos son problemas sociotécnicos y socioambientales, y enfatiza la necesidad de que las humanidades y ciencias sociales se involucren en estos asuntos.

A modo de crítica, se tiene la impresión de que a ratos los árboles impiden a Costa ver el bosque. El volumen se mueve en un registro intermedio, ni especializado ni de divulgación, sin dejar de arriesgar un punto de vista, lo que es encomiable. Sin embargo, por momentos el texto adquiere un tono más bien periodístico, en el que abundan nombres propios y largas enumeraciones, incluso un par de anécdotas, mientras que habría sido deseable que se hubieran hecho mayores esfuerzos por contribuir a la ambiciosa tarea de rescatar la filosofía general de la técnica de su dispersión disciplinar, de la que la propia autora se lamenta en el epílogo. En este sentido, es posible notar la ausencia de referencias a autores importantes en este ámbito, como Hans Jonas o el propio Günther Anders, quien solo aparece citado en los epígrafes.

Con todo, se trata de un muy informado aporte al pensamiento crítico del presente, de lectura muy instructiva y recomendable.